

## CAPÍTULO VI

EL PROFESOR CATÓLICO EN UN COLEGIO

### § I

**Q**UÉ condiciones deba reunir un Profesor para realizar el ideal del método antiguo, lo hemos expuesto en diversos puntos de este opúsculo. El Profesor ha de abrigar un firme convencimiento de que á sus esfuerzos y trabajos está ligado en gran parte el venturoso éxito de cuanto se emprende en el colegio. Él es el alma de la clase, del cual reciben los alumnos instrucción, ejemplos, estímulos para el estudio y premios por su comportamiento y asiduidad. De él espera el Director la activa cooperación en sus empresas, pues de poco servirá que la cabeza trace concertados planes, si el brazo es flojo y perezoso, ó

EL PROFESOR CATÓLICO EN UN COLEGIO 463

se encuentra inerte y paralizado y no ayuda para realizarlos.

Él, pues, ha de tomar con empeño el conocer lo más á fondo que le sea posible el método que trata de practicar, y poner por obra lo que conoce con resolución y perseverancia. En la parte moral nada tenemos que añadir, sino recomendar la lectura y práctica del capítulo II en que hemos tratado de la enseñanza religiosa. Algo se ha tocado también acerca de este punto en el capítulo VI de la segunda parte.

Por lo que toca á la parte intelectual, de ella hemos hablado extensamente en toda la segunda parte, sobre todo desde el capítulo VI en adelante. Explicando las asignaturas del modo que lo prescribe el método antiguo, teniendo bien asentada en el ánimo cuál es la importancia relativa de cada uno de los estudios y sirviéndose de los medios auxiliares que hemos indicado, se obtendrán resultados que superarán toda expectación. Cuanto más exactamente se acomode el Profesor á este modo de proceder, tanto más asegurará el éxito. En muchas cosas empezará obrando por fe, pero bien pronto tocará con la mano tan copiosos frutos que no le dejarán dudar del acierto que encierran las más insignificantes advertencias en este sistema completo y tan sabiamente organizado. Sobre todo, es preciso no echar en olvido el

papel que desempeña en la clase la emulación, tan descuidada por los modernos, y que sin embargo es el medio más poderoso para fomentar un ardoroso amor al estudio y obtener los mayores adelantos en una clase.

Una de las cosas que tocan tanto por lo menos el Profesor como al Director, son los exámenes para pasar de una clase inferior á otra superior. En estos exámenes debe ponerse un especial cuidado, á fin de que no siga adelante el alumno que no se halle suficientemente preparado, sabiendo las cosas esenciales de su asignatura. El haber estado un año en una clase, aun en el supuesto de la más asidua asistencia y del estudio más constante, no es jamás título suficiente para pasar á clase superior, si falta el saber que se requiere. El alumno que por condescendencia es aprobado sin tener los suficientes conocimientos, es en la clase á donde sube una rémora para sus demás compañeros, cuyos progresos detiene y embaraza, una constante pesadilla para el Profesor y él mismo se aburre sin poder aprovechar, por faltarle la preparación antecedente necesaria. Pero si esto es necesario en todas las clases cuyo estudio se presupone para las siguientes, lo es y de una manera especial en una clase en la que por ser aparentemente de menos importancia, es mucho más fácil que tenga entrada esta fu-

nesta condescendencia, y es la clase de rudimentos ó fundamentos del latín. Por falta de estos fundamentos pasan algunos niños todo el período de Humanidades y salen de la Retórica sin llegar á aprender nunca el latín, sólo porque sus jueces en el primer examen usaron con ellos de esa mal entendida benignidad. Así que toda la diligencia y celo del Profesor, el cuidado y aún la presencia del Director, nunca será demasiado para conseguir la rectitud en esta clase de exámenes.

Y tratándose de exámenes, también al hablar del Profesor hemos de volver á hablar de los exámenes oficiales, de cuya consideración no se puede prescindir hallándose la instrucción monopolizada por el Estado. Siempre el estudio de la asignatura hecho por el método antiguo dará al alumno los conocimientos necesarios para responder bien en el examen. Empero, si algún examen es de tal naturaleza que, para darlo, forzosamente exija el Profesor oficial un texto y un programa señalado por él, dedíquese la mayor parte del curso á estudiar el ramo con la solidez que el antiguo método exige, y en los últimos dos meses ó cuando más tres, según la naturaleza de las asignaturas, como repaso de lo ya visto, estúdiense aquel programa indispensable. Y no hay que temer falta de preparación en los niños, pues sobre que el

preparar inmediatamente tal programa no es más que una especie de repetición de lo que ya han visto puesto en otra forma, la afición al estudio y el desarrollo de las facultades que en ellos produce el antiguo método hace que este tiempo sea suficiente para una conveniente preparación. Que este modo de proceder basta en los casos ordinarios para asegurar el buen resultado, no sólo está acreditado por la experiencia, sino que más de una ocasión ha habido en la cual Profesores que durante todo el curso habían seguido el método antiguo y sólo en el último mes y medio ó dos meses habían dedicado un breve tiempo de la clase á preparar los tales programas, han podido presentar sus discípulos al examen oficial en mejores condiciones que otro que durante todo el año no pensó más que en el programa del examen, ni preparó los alumnos para otra cosa, habiendo abandonado los sólidos estudios que de veras desarrollan y fortifican el ingenio.

El gran empeño que ha de haber en esta y en semejantes ocasiones debe ser que á vueltas de la necesidad de practicar en algunas cosas el plan oficial no penetre en el ánimo del Profesor cierta persuasión de que este plan es bueno y razonable, cuando tan palpables son las pruebas evidentes de lo contrario. Y cuán fácil sea caer en este engaño, lo muestran las consi-

deraciones que al principiar esta tercera parte hemos apuntado. Mientras tal dañosa persuasión se evite, tarde ó temprano el método antiguo volverá á ocupar su lugar en la clase del maestro que siempre se le ha mantenido aficionado.

## § II

Árduas y penosas son las tareas á que se ha de sujetar el Profesor cristiano si quiere cumplir con los deberes que su noble ministerio le impone; y más en estos tiempos, en que á las dificultades inherentes á su cargo se junta la cruda guerra que los enemigos de Dios tienen declarada á todo el que se consagra en educar cristianamente la juventud. Pero si es áspero el combate, son grandes también los alicientes que le mueven á emprenderlo.

Y en primer lugar, no puede menos de excitar un ánimo cristiano y generoso el pensamiento del insigne fruto que hace en las almas de sus discípulos, y por lo mismo de lo mucho que contribuye al bien moral de su patria, bien que es la base y fundamento de todos los demás que en la sociedad se pretenden ¡Qué impresión tan saludable y honda producirá en el

ánimo del alumno tratar con un Profesor de quien por las muestras que ha visto tiene alto concepto de sabiduría, que siempre con imperturbable constancia le enseña á amar su Dios y su religión, á acatar y admirar las verdades de nuestra santa fe, á huir de las malas compañías y á estimar y poner por obra las sanas máximas de la moral cristiana! ¡Dichosos discípulos educados en tal escuela! Con la ciencia y sabiduría humana beben la que es de más valor, que es la sabiduría del cielo; la que les hará en primer lugar alcanzar el destino para que están colocados en la tierra, que es servir y glorificar á su divino Hacedor y Redentor; la que les enseñará la ciencia que no en otra parte se aprende, de mantenerse inmóviles, tranquilos y consolados en medio de los reveses, aficciones y amarguras de la vida; la que los hará buenos hijos, buenos padres de familia, buenos ciudadanos amantes de su patria y rectos en todos los cargos que desempeñen; la que sostendrá su juventud, dirigirá su virilidad, consolará su vejez, los acompañará en la hora de su agonía y más allá de la sepultura los hará aceptos á los ojos de su divino Juez y dignos de participar de la eterna bienaventuranza: ¡Dichosos discípulos los que han sido educados en tal escuela! ¡Y dichosos maestros los que de esta manera han educado á la juventud! A la vista del maestro

crecen esos floridos vástagos, y se desarrollan y se cubren luego de abundantes y sazonados frutos. Por sus manos pasa una y otra generación: por unos pocos que se descarrían tiene el consuelo de ver una multitud á quienes sirven las lecciones que les dió, de guía cierta en el peligroso sendero de la vida; y los discípulos á su vez, agradecidos á aquel maestro de quien reconocen haber recibido el más precioso don, que es el de la educación cristiana, veneran y admiran ya hechos hombres aquel varón encañecido en la enseñanza de los primeros rudimentos de la ciencia; á quien por más que sepan que no les iguala ya en los conocimientos especiales que poseen, no por eso dejan de profesar veneración y estima sin igual, y reconocerlo como el medio de que Dios se ha valido para dispensar sus beneficios á los mortales.

Si alguien dijera que son pocos los que conservan la buena educación recibida, y que no bastan para pagar los trabajos y desvelos que exige el método antiguo, á ese le responderíamos que en el juicio de los santos, por evitar un solo pecado mortal, son bien empleados todos los trabajos de la vida de un hombre. Y si fuera verdad que empleando el sistema más propio para desarrollar los ánimos de la juventud según la norma de la razón iluminada por la fe, se consiguiera tan escaso resultado, ¿qué

se podría esperar de la aplicación del método moderno, hecho como de propósito para inspirar el desdén de todo estudio serio, para fomentar la hinchazón y la soberbia dando conocimientos superficiales de todo, y de nada sólidos y profundos? Pero á la verdad, no son pocos, sino muchos los alumnos en quienes se conserva duradera la impresión de las buenas máximas y prácticas aprendidas de sus Profesores cristianos. Y no se limitan estos sentimientos á los alumnos que perseveran en el buen sendero: los mismos que más tarde arrasados por sus pasiones ó intereses se han apartado de la religión y hecho nefanda alianza con los enemigos de su fe, conservan en el corazón el suave recuerdo de sus maestros cristianos, del cual más de una vez se vale el Señor para volverlos á buen camino. Así vemos en ocasiones el efecto que produce la palabra de un Profesor malvado. A través de los años, en las expresiones y en las obras se deja traslucir el funesto efecto de la máxima que en mal hora oyó de la boca de su Profesor, y muchos años después de muerto éste, todavía continúa haciendo mal con los deletéreos gérmenes que sembró en el ánimo de sus discípulos. No es menos poderosa la obra de la gracia divina que la obra del infierno. Las verdades de nuestra santa religión, salidas de los labios del maestro,

penetran como benéfica semilla en el ánimo del alumno y echan allí tan hondas raíces, que todas las tempestades de la vida no bastan para desarraigarlas del todo: y con ellas, se mantiene perpetuo un fundamento de esperanza.

Testigo abonado de lo que vamos diciendo es un hombre que no ha muchos años militaba en las filas de los impíos y enemigos de la Iglesia y se distinguía como caudillo entre los más furiosos, y hoy después de su edificante conversión es un católico ferviente.

Hablamos de León Taxil, el cual en su libro *Confesiones de un exlibrepensador* dice así: "En Octubre de 1863 enviáronme mis padres al Colegio de Nuestra Señora de Mongré, en Villafranca sobre el Saona junto á Lyon. Mongré es un Colegio libre, perteneciente á la Compañía de Jesús. La casa, admirablemente construída, se halla situada en una vasta campiña. El colegio puede contener hasta 600 alumnos, y en él se está muy bien bajo todos aspectos... En cuanto al nivel de los estudios, es de los más elevados.

„Si mi conciencia me echa en cara muchas apreciaciones de voluntaria malevolencia, si tengo contra mí muchas críticas formuladas de mala fe en mi lucha insensata contra la Iglesia, quédame á lo menos el consuelo de haber hecho siempre justicia á mis Profesores de Mon-

gré. La impresión que me produjo el colegio perseveró en mí siempre tan favorable, y tan indelebles fueron mis buenos recuerdos, que aun en lo más fuerte de mis ataques contra los jesuitas en general, no podía menos de hacer una excepción para los padres de Mongré: esta idea era más fuerte que yo. Y no obstante, no pasé más que dos años en aquella casa... Mi Profesor se llamaba P. Richard. Era sumamente amado de sus discípulos. Incapaz de maltratar á nadie, no se hacía respetar de los niños sino á fuerza de mansedumbre, y no era afectación de su parte, sino que estaba esto en su carácter: en suma, era la misma bondad.

„A veces en los ardorosos días del verano, aprovechándose del buen tiempo, nos llevaba al campo. Llevábamos pan y chocolate: en el camino compraba él cerezas á algunos campesinos y nos las repartía. Deteníamos en el bosque, y allí, á la sombra, nos hacía la clase de gramática, de latín, de catecismo ó de historia. Luego jugábamos y merendábamos sobre la yerba. ¡Ah! Seguro que con semejante maestro rivalizábamos sobre quién sabría mejor las lecciones.

„Voy á hablar ahora, añade más abajo, de un acontecimiento que indudablemente decidió mi porvenir. Tenía yo once años en este año 1865, que fué el segundo que pasé en Mongré,

y entonces fué cuando hice mi primera comunión. Éramos unos 60 los que nos preparábamos para este gran acto de la vida cristiana. Según costumbre, habíamos sido separados de los demás alumnos. Seguíamos las clases, como de ordinario, pero pasábamos el tiempo de estudio y recreo en una casita de campo inmediata al colegio. El director del retiro de los que habían de hacer la primera comunión era el P. Samuel, religioso de grandísimo mérito y de ardiente piedad. Debo á este santo Sacerdote un agradecimiento especial, pues él fué quien hizo que yo comulgara con la mejor preparación imaginable. Mis disposiciones eran excelentes. Estaba esperando, en un deliquio de todas las horas, el dichoso día en que iba á serme permitido recibir á mi Criador y mi Dios. Todo mi pensamiento se concentraba en este deseo y hambre celeste. Las lágrimas me saltan de los ojos al volver á leer las cartas que escribía yo en esta época.

„El año pasado, algo después de mi conversión, por Noviembre de 1885, me aproveché de mi viaje á Lyon para ir á Mongré. ¡Cuán dichoso me sentía al visitar de nuevo este colegio querido donde habian corrido los mejores días de mi niñez! La primera persona que encontré fué el P. Samuel, aquel mismo religioso que me había preparado á la primera comunión. ¡Con

qué gozo salté como un niño al cuello de aquel santo Sacerdote! ¡Cuán bueno era Dios en hacer que volviese á hallar al cabo de 20 años al venerable Director del retiro de mi primera comunión! Pedí noticias de todos los PP. que había conocido: unos habían muerto, otros estaban dispersos en varios países.

„El colegio no tenía ahora su alegre fisonomía de otras veces. La expulsión gubernamental, como es sabido, fué dirigida principalmente contra los jesuitas. Mongré no había podido conservar más que cuatro ó cinco Padres para guardar el inmueble y dirigir los estudios: los Profesores ahora son eclesiásticos ó laicos que viven fuera. ¡Y yo he sido de los que han reclamado la expulsión de las órdenes religiosas en nombre de la libertad...! ¡Qué remordimientos para todo lo restante de mi vida! ¡Ah! ese día oré largo tiempo en la capilla del colegio, y de todo corazón dí gracias á Dios por haberme perdonado mis extravíos y mis crímenes! Esta visita á Mongré fué para mí un inmenso consuelo.

„Fácilmente se me perdonará el haber entrado en tantos pormenores. Tenía vivo deseo de asentar la influencia de una buena primera comunión en el porvenir del cristiano. Católicos, poned todo vuestro cuidado en que vuestros hijos cumplan con el mayor celo este acto de-

cisivo de la vida religiosa y estad entonces bien seguros de que la gracia de Dios, aunque á ella se vuelvan rebeldes, no los abandonará jamás.

Hasta aquí el convertido Taxil, cuya cita, aunque larga, no hemos querido omitir, porque á un tiempo muestra el influjo que tienen los recuerdos de los Profesores cristianos y la importancia de la enseñanza religiosa, sobre todo de la manera que la quiere el método antiguo, esto es, encarnada en las prácticas de piedad.

Si los bienes que de la educación cristiana reportan sus alumnos bastan para mover á cualquier trabajo el corazón del maestro cristiano, el esfuerzo, las artes y la tenacidad que emplean los impíos en pervertir la juventud debe ser asimismo un poderoso estímulo de su celo. Un Profesor perverso aprovecha todas las ocasiones de infiltrar la impiedad en el ánimo de sus oyentes: en una clase de Historia, acoge con fruición cuanto los modernos impíos fingen en el terreno de la antropología y de la prehistoria, pinta los hechos á su antojo para denigrar á la Iglesia y ensalzar la revolución: en la cátedra de Física ó Química habla con desdén de los antiguos que no conocieron vapor, telégrafo ni otras invenciones modernas y echa la culpa á la religión; si explica la Economía política ó la Higiene pública, asentará principios falsos con tal de poder sacar de ellos consecuencias

contrarias al clero ó á las prácticas eclesiásticas: ¿qué mas? hemos visto obras de matemáticas en las que hasta las teorías del cálculo se empleaban para combatir á la religión. Y todo esto no está prescrito en reglamentos ó estatutos escolares, antes por el contrario, si se trata de países católicos, está expresamente vedado. ¿Quién es el que mueve á aquel maestro á que con tanto afán trabaje en esta empresa? Muévelo su pertinacia, su error, tal vez un compromiso contraído con sectas tenebrosas. ¿Qué excusa podrá, por tanto, alegar un maestro católico para no trabajar con el mismo y mayor empeño en la cristiana formación de sus alumnos, cuando motivos sin ninguna comparación más fuertes y sobre todo justos, como la voz de su conciencia, el compromiso contraído con los padres del niño, y el precepto de Dios, le están clamando que trate con reverencia la inocencia y candor del niño y conserve para su reino aquel príncipe destinado para el cielo?

Y no se diga que es poco lo que pueden lograr los esfuerzos de los maestros cristianos en los presentes tiempos.

Más audaces ciertamente que los maestros cristianos actuales han tenido que ser los revolucionarios, quienes habiéndose encontrado con un régimen fuerte y asentado sobre sólidas bases, no han dejado piedra por mover para rea-

lizar sus intentos; y con tenaz perseverancia y sordo trabajo, no han cesado de socavar y minar y destruir la maciza construcción hasta poner la enseñanza en el lastimoso estado en que hoy la vemos. No queramos por nuestra flojedad atraer sobre nosotros aquella reprobación del Salvador, que "son más prudentes los hijos de este siglo en sus empresas, que los hijos de la luz en las suyas." (Luc. xvi, 8.)

Cuando hay verdadera voluntad de llevar adelante una empresa, lo difícil se hace fácil y todos los imposibles se allanan. ¿Qué no han hecho un solo Orti y Lara, un Pou y Ordinas y otros semejantes en España? ¿Cuánto bien no ha producido un D. José Manuel Estrada en la República Argentina? Sin la incansable perseverancia con que sostuvieron la enseñanza católica cuando se hallaban solos entre tantos Profesores racionalistas é impíos, nunca hubieran podido hacer por la religión y por el bien de sus discípulos lo que han hecho. Así es como un Profesor católico probado de la manera que lo ha sido el señor Orti y Lara ha logrado la insigne gloria de poder ponerse á los pies del Papa junto con sus discípulos de la Universidad de Madrid en este año de 1887, y prometerle junto con ellos dedicarse siempre á la defensa de las sanas doctrinas filosóficas tales como las enseñó el Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino



y como el Sumo Pontífice lo tiene recomendado en su encíclica *Aeterni Patris*. Así el señor Pou y Ordinas, doquiera que le ha conducido su honrosa carrera, ha infiltrado hondamente en el ánimo de sus discípulos la devoción á la santidad y el amor á las doctrinas del Ángel de las escuelas. Así D. José Manuel Estrada, después de haber influido saludablemente en la formación de la juventud argentina, ha sellado sus enseñanzas y confortado á todos los buenos con su cristiana entereza en desafiar las iras sectarias, aun á trueque de perder su distinguida posición, y en padecer persecución por la justicia. Pluguiera á Dios que hubiese gran número de esos Profesores abnegados y decididos, que aun sujetos y todo á un régimen que no pueden evitar, se empeñasen seriamente en enseñar conforme al método que reconocen más apto para desarrollar debidamente las facultades del joven y formar cristianamente su corazón. Con eso sólo la causa de la educación cristiana podría darse por bien asegurada.

Finalmente, al Profesor cristiano, además de las razones ya dichas, le mueve también una altísima esperanza. Los dulces consuelos que en esta vida experimenta al ver que no han sido malogrados sus afanes, el agradecimiento de sus alumnos, y la esperanza de que se conserven en el bien, no son recompensas comple-

tas, sino simples prenuncios del premio que á su obra bienhechora le aguarda. Enséñannos las divinas Escrituras que "quien hace que se convierta un pecador de su extravío, salvará su alma, y cubrirá la muchedumbre de sus pecados." (Jacob, v, 20.) Esta especial protección del Señor que asegura la salvación á quien reduce al pecador al camino de la verdad ¿cuánto más se dará al que con su enseñanza cristiana previene tantos pecados, y echa el fundamento de la conversión? En esta protección confía seguro el Profesor cristiano, y levanta los ojos y queda lleno de regocijo al escuchar también la promesa á él especialmente dirigida "Los que hubieren sido sabios, brillarán como la luz del firmamento, y como estrellas por toda la eternidad aquéllos que hubieren enseñado á muchos la virtud." (Dan, xii, 3.)